

L*a*
E*xperiencia*
L*iteraria*

NÚM. 11, JUNIO DE 2003

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La experiencia literaria

Directora
Eugenia Revueltas

Secretario de redacción
Arturo Souto A.

Consejo editorial
Arturo Souto, Manuel de Ezcurdia, Jorge López Páe
Marcela Palma, Eugenia Revueltas

Ayudante de redacción
Tania Jiménez

Cuidado de la edición
Stella Cuéllar

DR © 2003, Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México D. F.
Impreso y hecho en México
ISSN 1405-1036

Sumario

Presentación

Investigación

- Relaciones intelectuales hispanoamericanas. La correspondencia de Unamuno, Palma y Rubén Darío. *Emigdio Aquino Bolaños* 9
- La telenovela y el control de contenidos en la televisión mexicana desde sus inicios hasta el periodo de 1984 a 1985. *Blanca de Lizaur* 25

Ensayo monográfico

- Nicolás Guillén: vanguardia y compromiso social. *Carmen Galindo* 47
- Lo negro que da en el blanco. La puntería poética de Nicolás Guillén. *Juan Coronado* 55
- Nicolás Guillén y la LEAR. *Eugenia Revueltas* 61

Ensayo vario

- Cuatro asomos a lo mexicano. *Federico Patán* 71
- La Biblia: elementos de humanismo integral. *María Enriqueta González Padilla* 81
- Realidad y ficción: *Todas las almas frente a Negra espalda del tiempo* de Javier Marías. *Juan Pascual Gay* 95

Polémica

- ¿Se lee o no se lee en México? Entrevista (virtual) al doctor Gregorio Hernández Zamora. *Tania Jiménez Macedo* 109
- Lectura e intelectuales. *Tania Jiménez Macedo* 121

Reseña

- De ida y vuelta: *Caminata por la narrativa latinoamericana* de Seymour Menton. *Tania Jiménez Macedo* 125

Creación

- Poemas. *Santiago Montobbio* 133

- Índice de autores 147

Relaciones intelectuales hispanoamericanas. La correspondencia de Unamuno, Palma y Rubén Darío

Emigdio Aquino Bolaños

Marco histórico

Consumada la ruptura con España, los pueblos latinoamericanos se enfrentaron a una tarea de gran envergadura: la construcción nacional. Este proceso implicaba la destrucción de las antiguas instituciones coloniales y la adopción de otras más democráticas; la instauración de nuevas formas de gobierno y de convivencia y, a su vez, la búsqueda y construcción de su propia identidad.

Como expresión de esta ruptura se dio una negación de lo español como una forma de diferenciación y de antagonismo; así, se planteó el problema de explicar sus propios signos de identidad, sus raíces. Se comenzó por la reconstrucción del pasado prehispánico y por la génesis de esta tradición, aunque se dejó de lado la realidad social e histórica del indio, lo que constituyó un grave error histórico, porque se ignoró el cimiento de estas jóvenes naciones, hecho que complicó el problema de la identidad y la definición que le dio a lo americano, lo mexicano, lo peruano, lo chileno, etcétera.

Durante el siglo XIX existió una permanente búsqueda y afirmación de esta nueva identidad; al finalizar el siglo este proceso inconcluso permitió un replanteamiento integral de las tradiciones nacionales, lo que constituyó un viraje. Al lado de lo indígena empezó a mencionarse lo español y, desde luego, lo republicano, producto de casi un siglo de experiencia independiente.

Entre los diversos factores que propiciaron este replanteamiento, que determinó un cambio en las relaciones hispanoamericanas, se encuentran: la profunda crisis finisecular española; la derrota de España en la guerra del 98, frente a Estados Unidos; la pérdida de sus últimas colonias en América (Cuba y Puerto Rico) y la imposibilidad de una reconquista colonial en América. En esta situación España planteó la necesidad de recobrar su antiguo prestigio internacional, actuando en el nivel de las relaciones diplomáticas, políticas y culturales para restablecer nexos con las nuevas repúblicas latinoamericanas.

Por su parte, para los países latinoamericanos, España dejó de ser su principal enemigo, sobre todo porque los viejos proyectos liberales y el positivismo como filosofía habían fracasado en su tentativa de crear modernos países capitalistas acordes al modelo occidental. Además, en este momento era un peligro real la emergencia de un nuevo imperio que establecía un sistema colonialista en América Latina; me refiero, por supuesto, a Estados Unidos.

10 En el ámbito intelectual y cultural se abrió un intenso debate entre los intelectuales de ambos lados del Atlántico sobre temas relacionados con la tradición española en Latinoamérica y la inserción americana en la cultura española. Literatos, poetas, ensayistas y políticos crearon y difundieron diversas obras literarias, ensayos históricos y de crítica política y social que dan cuenta de este movimiento intelectual en torno al debate sobre el hispanoamericanismo. Esto se puede apreciar en la publicación de periódicos y revistas; en el impulso de eventos políticos y académicos, sobre todo en congresos conmemorativos como el IV Centenario del Descubrimiento de América, el Congreso de Americanistas de 1900 y el Centenario de las Cortes de Cádiz, en 1912. Otro ámbito fue el de las conferencias, tertulias y otras actividades intelectuales y académicas en las que también se difundieron ideas y posturas de diversa filiación, que mostraban el interés tanto de españoles como de latinoamericanos por el restablecimiento de sus relaciones, como quedó inscrito en las actas del Congreso Conmemorativo del IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, en Huelva (sur de España), aunque no siempre lo reflejaron sus resultados.

Sin embargo, estas relaciones no estuvieron exentas de obstáculos y contradicciones: las visiones contrarias y opuestas entre unos y otros; la pretensión de un nuevo dominio, ahora en terreno cultural, por parte de los españoles; el reconocimiento de los latinoamericanos de que fuera París y no Madrid el centro cultural, creaba recelos. Sin embargo, era evidente, aun para los españoles, que Francia constituía en ese momento el referente más importante de la cultura occidental y, por el contrario, a España la consideraban con escasos valores.

Frente a estos fenómenos se irán delineando las distintas posiciones relativas a la formación de un pensamiento hispanoamericano, que si bien no logró estructurarse plenamente, sentó las bases para una visión más integral de la historia y cultura latinoamericanas.

Una de las fuentes que aún requiere mayor exploración es la correspondencia entre quienes participaron en esta polémica. En ella encontramos los diversos temas que se debatieron, la intensidad de los diversos puntos de vista, y el proceso de creación intelectual, aspectos fundamentales para reconstruir el ambiente intelectual y la historia de las ideas de una determinada época. En este caso, se trata del intercambio epistolar entre tres destacados intelectuales.

tales, cuyo importante papel está fuera de toda duda: Rubén Darío, Miguel de Unamuno y Ricardo Palma; dos latinoamericanos y un español. En dicho intercambio, encontramos numerosos comentarios sobre las fuentes de información que tuvo el proceso de creación de sus obras; el ir y venir de ideas sobre los problemas contemporáneos, comentarios y reseñas de sus artículos y su obra en general y, naturalmente, la apreciación del acontecer político y cultural de sus respectivos países.

Periodo histórico que cubre la correspondencia entre Palma, Darío y Unamuno

11

La correspondencia entre estos tres pensadores cubre un lapso de 27 años, de 1887 a 1914, periodo fundamental en las relaciones hispanoamericanas y, por tanto, el contenido de sus cartas constituye un valioso testimonio de dicho proceso intelectual, aunque Darío murió en 1916, Palma en 1919 y Unamuno, el más joven, hasta 1936.¹

La comunicación epistolar entre Unamuno y Rubén Darío va de 1899 a 1909 (once cartas de Unamuno a Darío y doce de Darío a Unamuno); la intercambiada entre Unamuno y Ricardo Palma se dio de 1899 a 1914 (cinco cartas de Unamuno a Ricardo Palma y nueve de Ricardo Palma a Unamuno). Finalmente, las misivas entre Ricardo Palma y Rubén Darío abarcan de 1887 a 1897 (cinco cartas de Ricardo Palma a Rubén Darío y seis de Rubén Darío a Ricardo Palma).

En su momento, los dos latinoamericanos fueron, en sus ámbitos, los intelectuales más connotados y reconocidos, que contribuyeron de manera decisiva al impulso de una nueva cultura e influyeron en las generaciones posteriores. Tanto por su poesía como por su prosa constituyen referentes esenciales de la literatura y el pensamiento latinoamericanos de la época.

Según José Carlos Mariátegui, Ricardo Palma y González Prada fueron, en el proceso de la literatura peruana, los dos mayores literatos de la república, con una clara filiación democrática y republicana, acorde al proceso latinoamericano y peruano.² Palma se definía a sí mismo como liberal, y

¹ Las fuentes para este ensayo proceden del archivo de la Casa Museo Unamuno en Salamanca, de la obra *Epistolario americano de Unamuno (1890-1936)*, editado por la Universidad de Salamanca, en 1996 y del *Epistolario de Ricardo Palma*. Lima, Cultura Antártica, 1949, localizado en la Biblioteca Nacional del Perú.

² José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Amauta, 1978. El ensayo sobre "El proceso de la literatura" distingue tres periodos de la literatura: colonial, cosmopolita y nacional; el periodo cosmopolita es una fase transitoria que asimila simultáneamente las diversas literaturas extranjeras.

González Prada era expresión de un pensamiento radical. A Palma le preocupaba fundamentalmente la afirmación nacional de la literatura y de la cultura, cuestión que desde su perspectiva permitiría establecer relaciones de igualdad con España, por ello su visión de España era crítica. Sus *Tradiciones peruanas* constituyen testimonios de las costumbres, formas de vida de la historia social del Perú, desde la época prehispánica, hasta el periodo republicano, aunque se detenía especialmente en la Colonia.

12 En cuanto al tema hispanoamericano, utilizaremos, además de la correspondencia, el libro de Palma *Recuerdos de España*.³ Es importante destacar, que ya en 1886, en su obra *La bohemia de mi tiempo*, al reseñar a la generación literaria peruana del periodo de 1848 a 1860, Palma establecía que su función era la de “[...] romper con el amaneramiento de los escritores de la época colonial [...]”, precisando además que el ideal de algunos de sus miembros era el americanismo en la poesía, y por ello ubicaba la obra de éstos en el proceso de la literatura nacional.

Darío fue uno de los poetas hispanoamericanos que mayor influencia ejerció en las letras de América y España, como reconoció el propio Unamuno, y pese a criticarle su afrancesamiento y a la afirmación del propio nicaragüense de que “pensaba en francés”, fue reconocido como el poeta de la raza y de América, porque creía en una nueva cultura americana.⁴ Algunos de sus poemas y ensayos los dedicó a América y a España, pero también adoptó una clara actitud antiimperialista en un periodo que abarca de 1897 –año que escribió su artículo “El triunfo del Calibán”– hasta 1906. Su perspectiva fue cultural, en la línea de Rodó y Vasconcelos; partió de criticar las formas materialistas de vida de los yanquis, a los que, en su análisis, opuso formas de vida más espirituales; contrapuso lo latino a lo sajón como perspectiva de vida ideal. Pese a esta postura, tuvo una clara conciencia del desplazamiento de los centros de poder económico y político y también cultural, particularmente cuando se refirió al significado de Francia y de la cultura francesa: “Me parece muy explicable que América, como todo el universo pensante, tienda hoy a la luz que viene de París. Antes el foco fue Atenas; y no tengo ningún inconveniente en creer que pueda llegar a serlo Nueva York o Buenos Aires. Ello es obra de los siglos”.⁵ Además de su correspondencia, en su obra *España contemporánea*⁶ expresó ampliamente sus opiniones respecto a la cuestión hispanoamericana.

³ Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas completas*. Barcelona, Aguilar, 1954.

⁴ Al respecto es interesante la obra de Juan Larrea, *Rubén Darío y la nueva cultura americana*. Valencia, Pre textos, 1987.

⁵ Carta a Unamuno, 21 de mayo de 1899, Archivo Museo Unamuno, Universidad de Salamanca.

⁶ Rubén Darío, *Obras selectas*. Madrid, Edimat Libros, 2001.

En cuanto a Unamuno, está situado como uno de los más importantes pensadores españoles, con una clara filiación hispanoamericanista, así como una orientación definida hacia el estudio y la crítica de los problemas políticos y sociales. Al analizar sus escritos de América y sobre América reproducidos en la prensa argentina, además de su múltiple correspondencia, podemos afirmar que fue uno de los grandes maestros de las juventudes latinoamericanas, y que contribuyó a la renovación de las relaciones intelectuales entre España y América Latina. El contenido de su correspondencia se puede ubicar en el marco de su libro *En torno a casticismo*,⁷ obra fundamental dentro de la historiografía relativa al “problema de España” –al lado de *Idearium español* de Ángel Ganivet, otro de los trabajos fundamentales en este ámbito–, que permite apreciar con mayor nitidez su pensamiento.

El debate intelectual

Para estudiar y analizar los nexos intelectuales entre España y Latinoamérica, a finales del siglo XIX y principios del XX, tomamos como eje el intercambio de ideas y el debate en torno a la cuestión de la identidad y la tradición nacionales. En esta perspectiva es importante la ubicación de España en la conciencia latinoamericana y el tratamiento que se le da en las obras de Palma y Darío, y para el caso de Unamuno, la proyección española en Latinoamérica.

Ricardo Palma

Ricardo Palma, en su obra *Recuerdos de España*, estableció una visión más orgánica y de conjunto de la problemática política, social e intelectual de España, observaciones que en su correspondencia amplió y explicitó en el diálogo con sus interlocutores. La obra está estructurada en tres partes: *Notas de viajes*, *Esbozos* y, por último, *Neologismos y americanismos*, donde sin duda, como él señaló, encontramos su visión más polémica y más importante desde la perspectiva americanista.

De sus *Notas de viajes* es importante destacar la observación que hizo en el sentido de que en España existía, pese a la monarquía, mayor libertad política que en algunas repúblicas americanas; no dejó de consignar la existencia de mendicidad y pobreza en algunas ciudades españolas, como tampoco la gran impresión que le causó Barcelona como centro económico y cultural.

⁷ Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*. Madrid, Alianza Editorial, 2000.

Al narrar su paso por La Habana y su relación con intelectuales cubanos vinculados a ideas autonomistas e independentistas, expresó su opinión y simpatía por la independencia de la isla.

14 En los *Esbozos* que hizo de los personajes políticos y literarios de España, Palma dio testimonio de sus nexos y su relación con ellos en Madrid. Al reseñar sus obras, mostró reconocimiento y admiración de su producción, al mismo tiempo que señaló el lugar que ocupó cada uno de ellos. Comentaba que en esta época, algunos –faltos de principios o desilusionados de la política– se integraron plenamente al sistema restauracionista monárquico, hechos que demuestran cómo la idea republicana se alejaba cada vez más de la perspectiva política española en muchos de estos intelectuales. Estos esbozos dieron por resultado un cuadro de personajes a quienes Palma calificó conforme al lugar que ocupaban en la política y las letras españolas de la época. Es la imagen de una generación que va de salida, agotada, cuyo relevo ya estaba en la escena política. Políticos monárquicos como Cánovas; republicanos como Castelar, Pi y Margall; carlistas; literatos como Zorrilla, Balaguer, Echegaray, etcétera, desfilaron por su pluma, con juicios siempre críticos respecto a la situación política española.

En *Neologismos y americanismos* Palma lamenta la poca respuesta de los americanos a la convocatoria de España para la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América; sin embargo, atribuía la causa a la “errática política” del gobierno español, aduciendo que en una abierta hostilidad hacia los países latinoamericanos, España tardaba en reconocer la existencia de las nuevas repúblicas, y sólo lo hacía ante el convencimiento de su imposibilidad material por reconquistarlas.

Hacia finales del siglo XIX, Palma distinguía claramente la existencia de tres generaciones de americanos: la generación de la independencia, lógicamente con una postura radicalmente antiespañola; la hispanófila, interesada por la tradición e historia de España, interés que había surgido por la cercanía de la vida colonial y la herencia que ésta había dado a las nuevas instituciones republicanas. A esta generación le reconoce importantes estudios sobre la lengua castellana, precisando: “Los trabajos más serios que sobre la lengua se han escrito en nuestro siglo son fruto de plumas americanas. Baste nombrar a Bello, Irisarri, Baralt, los Cuervo y, como estilista, a Juan Montalvo”. La nueva generación, la tercera, iniciada con el siglo XX, era un tanto indiferente a España, y se nutría de la cultura occidental proveniente de Francia y Alemania.

Pese a estos matices generacionales, Palma consideraba que existían lazos sólidos de unión entre España y América, en los que el idioma desempeñaba un papel fundamental, por ser portador de cultura y elemento esencial de comunicación; en este aspecto criticó acremente a la Real Academia que había mostrado su intransigencia frente a los neologismos y americanismos,

sin considerar que eran aceptados y practicados por cincuenta millones de habitantes de las nuevas repúblicas americanas. Naturalmente esto para él era inaceptable, porque no concebía que pudiera darse la independencia política con una subordinación a España en el idioma.

Esta orientación conservadora y tradicional de la Academia fue una de las razones por las que las fiestas del centenario no contribuyeron a mejorar las relaciones hispanoamericanas, más bien, en opinión de Palma, “las entibiaron”. Por eso, a manera de reclamo, expresó: “Hablemos y escribamos en americano; es decir, el lenguaje para el que creamos las voces que estimamos apropiadas a nuestra manera de ser social, a nuestras instituciones democráticas, a nuestra naturaleza física”.

Y más adelante afirmó: “Nuestro vocabulario no será para la exportación, pero sí para cincuenta millones de seres en la América Latina. Creemos los vocablos que necesitamos crear, sin pedir a nadie permiso y sin escrúpulos de impropiedad en el término. Como tenemos pabellón propio y moneda propia, seamos también propietarios de nuestro criollo lenguaje”.⁸

La importancia histórica de estas afirmaciones en cuanto a la cultura latinoamericana y nacional está en el reconocimiento de la necesidad que los países latinoamericanos tenían de afirmar su identidad. El debate en torno a estos problemas, como el del idioma, fue en su momento una cuestión fundamental para la identidad latinoamericana.

En su correspondencia con Darío y Unamuno, Ricardo Palma volvió a los mismos temas, enunciándolos o ampliándolos. En una carta del 12 de marzo de 1894, dirigida a Darío, le comunicó que estaba revisando y terminando su libro sobre España, donde incluiría algunas apreciaciones personales sobre diversos autores españoles, producto de su viaje y de su asistencia a los sucesos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento de América, que impulsó el gobierno español en 1892. Coincidentemente Darío publicó en Argentina, con el nombre “Los maestros”, algunos ensayos sobre los intelectuales españoles, que después aparecieron en su obra *España contemporánea*, de la que hablaremos más adelante. Palma y Darío se encontraron en España, y ambos se interesaron por el panorama intelectual de la península, y sostuvieron un importante diálogo que muestra, además de su relación de amistad, su interés compartido por las nuevas ideas en Hispanoamérica.

En la carta del 1 de mayo de 1894, Palma le comunicó que su libro estaba prácticamente terminado, pero que le faltaba un capítulo en el que hacía crítica a la Academia de la Lengua Española por su rigidez e intransigencia en cuanto a los neologismos⁹ de uso común en América. Aquí introdujo un

⁸ R. Palma, *op. cit.*, p. 1381.

⁹ Como se sabe, un neologismo es un vocablo nuevo en una lengua, inventado, tomado por préstamo o derivación de la misma u otra lengua. En este caso el problema se presentaba porque diversas expresiones usadas comúnmente en países de la zona andina o en México prove-

nuevo tema con visiones contrapuestas y antagónicas entre latinoamericanos y españoles, lo que se puede notar cuando afirma:

Estos señores creen que todavía el sol se posa en los dominios de España. Del fondo del capítulo por escribir resultará que para los americanos, el Diccionario no debe ser autoridad, que debemos ser refractarios a toda tiranía, inclusive la del léxico, que no nos conviene ajustar tratados sobre propiedad literaria con España ni con nación alguna de Europa, y que independientes en política, debemos serlo también en literatura.¹⁰

16 Así dejó asentado que el problema del idioma y de la literatura iba más allá de ser una cuestión puramente lingüística, y adquirió una connotación política. En su correspondencia con Unamuno, Palma volvió sobre el tema, pero vale resaltar este planteamiento relativo a la independencia literaria, la necesidad de una literatura propia, latinoamericana y peruana. En esta postura coincidieron plenamente Darío y los modernistas. Ese año de 1894 empezó a editarse en Barcelona su libro *Tradiciones peruanas*.

En su correspondencia con Unamuno, al abordar los temas relacionados con España e Hispanoamérica, Palma retomó de nueva cuenta el idioma y la función de la Academia. Aquí desarrolló más su antagonismo a esta institución, a la que comparó con la Inquisición, sobre todo porque en las sesiones a las que asistió en 1892 pocos le escucharon y más bien le mostraron una franca actitud hostil. Esta actitud intransigente y cerrada motivó el receso de tres academias americanas como protesta.

Contraponiendo su posición a la de la Academia, Palma afirmaba que la tarea de enriquecimiento del idioma debería ser labor de los hispanófilos, en lugar de poner obstáculos para la incorporación de nuevas palabras: "Lo discreto, lo juicioso es que España, en donde tal vez no excedan los cinco millones los que tiene el castellano como idioma regional, deje de ser intransigente con los cuarenta millones de americanos. ¿Qué ganará con que, así como rompimos el yugo político, nos independicemos también del vínculo lingüístico?"¹¹

Como se deduce, para el peruano, el problema del idioma surgía como parte de la emancipación mental de América, por tanto, representaba la posibilidad de una creación cultural propia frente a la herencia colonial española. Para Palma España podría ser partícipe de una nueva cultura hispanoamericana, y por eso le reclamaba mayor apertura a los miembros de la Academia, pues

nían del náhuatl o del quechua y otras derivaciones locales del castellano, adoptadas durante el siglo de vida independiente.

¹⁰ R. Palma, *Epistolario*. Lima, Cultura Antártica, 1949, p. 304.

¹¹ Carta fechada el 20 de diciembre de 1903. Salamanca, Archivo Museo Unamuno, Universidad de Salamanca.

consideraba que la lengua se enriquecía con la incorporación de estos nuevos elementos.

Ricardo Palma estaba convencido de que la influencia de la literatura española en el Perú era menor; señalaba que sólo eran conocidos y leídos Pérez Galdós y Unamuno, a quienes se sumaba Blasco Ibañez; y las revistas *La España Moderna*, *La Lectura*, *Blanco y Negro*, *Gente Vieja*, entre otras. En contraposición, advertía la influencia de la literatura y de los autores franceses en la joven generación literaria. Al respecto, conviene mencionar que en el resto de América Latina la situación no era diferente, ni aun en Argentina, donde había más difusión de autores españoles de la época.

Rubén Darío

Darío mantuvo un estrecho vínculo con España: entre 1898 y 1900 escribió su obra *España contemporánea* en la que encontramos un cuadro sobre diversos aspectos de la realidad peninsular; en *Tierras solares* (1904) completó su visión acerca de España, enriquecida por su segunda estadía en esas tierras.

En *España contemporánea*, entre una gran variedad de temas, Darío presenta su punto de vista sobre Barcelona y Madrid: la monarquía: el rey, la reina y la aristocracia; la política: los republicanos, los monárquicos; el arte y la literatura: pintura, museos, teatro, poesía y novela; eventos y festividades populares: el carnaval, la Semana Santa, los toros y las fiestas campesinas; y otros temas de corte social, como la educación, la mujer, la Real Academia y las relaciones hispanoamericanas.

Esta obra es fundamental porque trata aspectos relevantes de la historia española que tuvieron gran impacto en la intelectualidad latinoamericana, como la cuestión del nacionalismo vasco y la fortaleza del catalán. Al igual que Palma, Darío se impresionó con Barcelona, por su arquitectura, su modernidad, por la afirmación y demostración de su independencia social, y por su movimiento político e intelectual, en contraste con el centralismo de Madrid.

Al analizar el poder de la monarquía, mostró cómo la crisis de la sociedad española se manifestaba, sobre todo, en la fragilidad de este poder. La decadencia de la Corona, anclada en su falta de visión de futuro, y arraigada en un pasado del que no quería salir, había conducido al país a un hundimiento del que estas fuerzas retardatarias no lo podrían sacar: "No, no puede aguardar nada España de su aristocracia. La salvación, si viene, vendrá del pueblo guiado por su instinto propio, de la parte laboriosa que representa las energías que quedan del espíritu español, libre de políticos logreros y de pastores lobos".¹²

¹² R. Darío, *op. cit.*, p. 349.

En el desarrollo de esta tesis, Darío presentó una visión amplia del estado de la sociedad y la cultura españolas. Al abordar la situación de los intelectuales, su obra y los medios que hacían posible su difusión, mostró el atraso y la pobreza del teatro, la pintura, la crítica, las revistas, los editores y las ediciones. También abordó con optimismo, como contraparte, el surgimiento de una nueva generación, que con el desastre del 98 constituía un embrión para el resurgimiento futuro de España. En ella destacó a Ángel Ganivet y, desde luego, a Miguel de Unamuno, a quien Darío reconoció con más de un comentario elogioso.

18

En este contexto, para el poeta, las fuentes de la literatura americana no podían provenir de España, sino de Francia, de París. Las condiciones existentes permitían romper con el colonialismo literario; esto es, superar la dependencia de las letras españolas. En cuanto a la influencia francesa, Darío ponía como ejemplo su caso, haciendo una confesión al decir que pensaba en francés, además de que sus nexos con la literatura francesa no eran sólo personales. Sin embargo, advertía que se debía distinguir entre “[...] lo que París tiene de sólido y verdaderamente luminoso, y el article de París que fascina a nuestros snobs y bobos de la moda”. Desde su propia obra, reconoció que fue castiza hasta *Azul* (1888), a partir de la cual bebió en fuentes galas.

En su crítica a la literatura española estableció que era muy poca la que merecía respeto, y lamentaba que esa poca no era conocida en América, porque lo que se difundía era una literatura “ridícula y fofa” proveniente de un elenco de escritores mediocres “[...] hijos de una España que no vale” y que habían propiciado que en el país imperara una indigencia mental. Además, para Darío, en España existía un gran desconocimiento sobre la realidad política, social y literaria de América, hecho que impedía un acercamiento entre los intelectuales de ambos lados del Atlántico.

En el caso de la literatura en América Latina, Darío consideraba que existía una que otra tentativa que permitía hablar en ese momento de una producción intelectual incipiente. Esta literatura reclamaba fuentes nativas de inspiración, de ahí que sobresalían temas indígenas, coloniales e independentistas, y con ello también el replanteamiento de lo español en la historia latinoamericana. Por ello planteó: “Esto no quita que tendamos a la unidad en el espíritu de la raza”.

Aún a partir de estas realidades, Darío consideró la posibilidad de influencias mutuas, es decir, de movimientos gestados en América que pudieran influir en la renovación de las letras españolas, por lo que al hablar del modernismo estableció:

En América hemos tenido ese movimiento antes que en la España castellana, por razones clarísimas: desde luego, nuestro inmediato comercio material y

espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia.¹³

Calificaba las relaciones entre España y sus ex colonias como precarias y desastrosas, y establecía que la responsabilidad de esta situación era exclusivamente española. Darío propuso que para su restablecimiento había que partir de dos aspectos: el comercial y el de las simpatías nacionales. Consideraba que, en los procesos de la independencia, el comercio entre la metrópoli y las colonias sufrió una aguda disminución, desplazamiento que permitió que otros países europeos ocuparan su lugar. “La influencia española, perdida ya en lo literario, en lo social, en lo artístico, puede hacer algo en lo comercial”.

19

Convencido de que era posible crear nuevos y más estrechos vínculos en la producción intelectual, producción que en América comenzaba a tener sus propios frutos, esperaba de España, sobre todo, un cambio de actitud, consistente, ante todo, en no desacreditar la cultura americana y en conocer mejor su historia y su realidad.

En su correspondencia con Palma y Unamuno, el poeta reafirmó las apreciaciones consignadas en su obra, es decir, sobre la “indigencia mental de la madre patria”, lo incipiente de la literatura americana y su influencia francesa, y el desconocimiento de la política y literatura americanas en España.

Unamuno

Al analizar el pensamiento hispanoamericano –la visión de España sobre América y la de América sobre España– Miguel de Unamuno coincidió plenamente con las opiniones de Palma y Darío. En su obra *En torno al casticismo* (1895), estableció un diagnóstico sumamente desalentador del país, especialmente en el último capítulo titulado *Sobre el marasmo actual de España*, que es una de las visiones más críticas de su tiempo.

En esta orientación planteó algunas de las características de la crisis española: la existencia de una miseria espiritual, de una paralización de la sociedad, de una tendencia a la disociación, así como de un marasmo y una anemia mental; sintetizó la caracterización que hizo de España en esta frase: “Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida”¹⁴ que expresa-

¹³ R. Darío, *op. cit.*, p. 319.

¹⁴ M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, *op. cit.*, p. 140.

ba el atraso económico, político, social y cultural de la España de finales del siglo XIX. Frente a esta situación planteó como salida su tesis de la regeneración. Para salir de tal estado de cosas, España debería *regenerarse* empezando por descubrirse a sí misma y europeizarse para retomar la senda del progreso y construir una nación moderna.

Conocer su punto de vista permite comprender la razón de su acercamiento a los intelectuales latinoamericanos, que partían de una base común en sus observaciones respecto de España y también de América.

20 En su correspondencia dirigida a Ricardo Palma, el 29 de octubre de 1903, Unamuno señaló que conocía sus obras, especialmente las *Tradiciones peruanas* (editadas en Barcelona a partir de 1894). Entrando de lleno en el problema del idioma, que era de interés común, y en la función que debía cumplir la Academia, decía: “El pecado original de la Academia es aspirar a ser una autoridad que define lo que es bueno y lo que es malo, y no [a ser] una corporación que investigue el lenguaje”, y en cuanto al idioma afirma: “No riqueza sino fecundidad hay que pedirle. Un idioma no tiene tantas o cuántas voces sino todas las que hagan falta, siempre que las forme uno con arreglo a su índole propia y al modo de composición y derivación normal”.¹⁵

Esta carta es importante por el tratamiento que le da al tema, donde luego de poner diversos ejemplos de palabras y sus derivaciones, establece las fuentes que podrían nutrir la lengua: “Tres son, pues, las fuentes de enriquecimiento: 1. La analogía o formación de nuevos derivados al modo de los ya existentes. 2. Los dialectos y hablas populares, en cuanto no se aparten de la índole general del idioma. 3. La generalización de términos técnicos”.

En la carta del 18 de abril de 1904 insistía de nuevo sobre el tema y manifestaba plenamente su acuerdo con la crítica de Palma a la Academia, a la que según Unamuno se le hacía cada vez menos caso, y a la que calificaba como una corporación conservadora y reaccionaria, señalando además que en la propia España no existía un inventario de la lengua española, y que existían más de cuatro mil voces que no figuraban en el diccionario.

En casi todo su *Epistolario americano*, Unamuno planta su interés por el movimiento literario de cada uno de los países de lengua española, y afirma que de donde más sabe es de Argentina y luego de Venezuela, aunque con el paso de tiempo se relacionó con intelectuales de otros países como Chile, Perú, Colombia, México, Bolivia, entre otros.

La correspondencia de Unamuno con Darío fue vasta y trató diversos temas, pero para el análisis de las relaciones intelectuales hispanoamericanas

¹⁵ M. de Unamuno, *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996, p. 170. Esta selección, realizada por Laureano Robles, muestra el interés de Unamuno por América y el contenido e intensidad de su relación hispanoamericana.

son importantes la literatura hispanoamericana y su influencia francesa, así como su postura sobre la propia literatura española. Unamuno es un caso excepcional entre los intelectuales españoles en relación con los países hispanoamericanos. En cuanto a su interés por conocer lo americano, con frecuencia señalaba su necesidad de estudiar mejor y de manera más profunda la realidad hispanoamericana, y pedía información de obras y creadores: “No es sólo literatura gauchesca lo que yo quisiera nos viniese de América, y bien lo indicaba en la *Época*. Me gustaría ver pintados los afanes del estanciero, la labor de colonización, la fiebre del negocio, etcétera”.¹⁶ También afirmaba: “Lo americano me interesa cada día más. Es una lástima que aquí se conozca tan mal la producción americana, sobre todo la sólida y fuerte. Poco hay de ésta; pero lo que hay es bueno de verdad”.¹⁷

21

De la literatura americana, la que menos conoció fue la mexicana, aunque estaba al tanto de la poesía de Nervo y más tarde mantuvo una activa correspondencia con Alfonso Reyes y otros intelectuales mexicanos; pero en su relación con intelectuales de países como Argentina, Chile, Venezuela o Perú, México ocupó un segundo plano (no obstante que su padre estuvo en nuestro país). Caracterizaba a esta literatura latinoamericana como incipiente, nueva y germinal, desarrollo que era acorde con la trayectoria histórica, que había seguido la construcción de la cultura e identidad nacionales. Vista esta literatura desde la perspectiva del clasicismo, en el valor de la simplificación Unamuno vio incipientismo, y estableció que sus problemas eran de desarrollo, donde era nítida una propuesta germinal; por su parte, considera que la literatura española acusaba signos decadentistas.

[...] creo que los hispanoamericanos se ven, por la fuerza de las cosas, obligados a anhelos y vislumbres, a tentativas y rebuscas, pero que difícilmente llegarán a un arte definitivo, es decir, clásico. Lo cual no es un inconveniente ni mucho menos. No es el suyo decadentismo, ni aun cuando lo parece; es incipientismo. No es un ocaso, es una aurora; pero como no rompe el día, el poco observador puede creer que ha muerto el día y se acerca la noche.¹⁸

También captó en ella una animación diferente, el perfil de una fisonomía propia que ya se dibujaba en las letras latinoamericanas: “Cada día me interesa más lo americano; todo lo turbio que hay allí, y no es poco, es turbio de fermentación. Aspiran, siquiera, a ser otros, que es lo mismo que aspirar

¹⁶ *Ibid.*, p. 58.

¹⁷ *Ibid.*, p. 71.

¹⁸ *Ibid.*, p. 59.

a ser más ellos mismos cada vez; ¡su divisa es excelsior! Aquí [en España] nos mata la satisfacción de nuestra salud gañanesca. Podemos decir que no somos desequilibrados como los pedruscos”.¹⁹

Unamuno mostraba rechazo al predominio de la influencia francesa en la cultura. Cuando criticó a Darío por su afrancesamiento, a no dudarlo hubiera preferido una mayor influencia alemana en la obra del poeta, como ocurría en España en ese periodo, así como la exaltación de lo nativo en la poética modernista, cuestión que le planteó en su correspondencia de manera explícita: “Sí le diré que en usted prefiero lo nativo, lo de abolengo, lo que de un modo o de otro puede ahijarse con viejos orígenes indígenas a lo que haya podido tomar de esa Francia que es tan poco simpática y aun de esta mi querida España”.

22

Unamuno insistía en mostrar su aberración por el afrancesamiento de la cultura y su incompreensión de que París y no Madrid ejerciera una gran atracción en los latinoamericanos, que para él era “[...] el centro de los pueblos de la lengua española, y por mucho que exageremos (yo el primero) nuestra incultura, al fin y al cabo en español escribimos, y los que piensan en español son los que, ante todo, han de nutrirse de la savia espiritual de nuestros escritores. Y sólo mediante ellos los demás”.²⁰ No aceptaba que lo francés pudiera contribuir al enriquecimiento de la literatura, por ello señaló que ningún poeta francés le producía honda impresión, que leía más a los ingleses o a los alemanes; no obstante, reconocía algunos valores de la cultura francesa como Heredia, Richepin, Verlaine y Mallarmé, entre otros. Aceptaba, sin embargo, el letargo de la literatura española, y precisaba que esta situación le impedía irradiar e influir decisivamente en Hispanoamérica. El achatamiento “[...] es la sombra de codicia, unida a la falta de ambición, lo que a peor nos trae en España”.²¹

Unamuno, pese a reconocer la miseria espiritual de España, no entendía la posición de Darío sobre el modernismo, y que más tarde señaló José Carlos Mariátegui respecto al cosmopolitismo, para quienes representaba una manera de liberarse de la literatura colonial, con la inclusión de otras influencias extranjeras en la literatura latinoamericana, lo que no significaba distanciamiento de España, sino una nueva relación que se expresara en una mutua influencia.

¹⁹ *Ibid.*, p. 71.

²⁰ *Ibid.*, p. 61.

²¹ *Ibid.*, p. 81.

Conclusiones

Ricardo Palma, Rubén Darío y Miguel de Unamuno conforman una nueva generación de intelectuales que replanteó las relaciones culturales entre España y América desde una perspectiva renovada, estableciendo por primera vez la posibilidad de construir una nueva cultura hispanoamericana sin dependencias y en condiciones de igualdad.

En el caso de Unamuno, su mérito reside en que, como español, sustentó una posición de apertura respecto a las ex colonias en un momento en el que España no se resignaba a dejar su estatus de dominio colonial. En el caso del peruano y del nicaragüense no fue menor su valía al presentar sus posiciones en el propio territorio español.

Los tres representan la reacción en contra de la filosofía evolucionista, historicista y racionalista que era consecuencia del bienestar material que acusaron los países capitalistas, de la expansión de las urbes y de la idea infinita y omnipresente del sentido ilimitado del progreso. Pero el racionalismo solo sirvió para desacreditar la razón. La ciencia dio al hombre una sensación de potencia sin límites, pero pronto descubriría que era víctima de una potencia incontrolable y capaz de destruir al planeta mismo, la guerra.

Los tres autores son exponentes de la oposición a tales doctrinas en lugares como España y América Latina, con un marcado atraso económico. El fracaso de dichas teorías como base tuvo dificultades para enfrentar el reto de construir sus proyectos nacionales y de modernización capitalista. Precisamente a finales del siglo XIX, España había entrado en una profunda crisis material y espiritual y en América Latina se hacían patentes los fracasos de los proyectos liberales de construcción nacional.

El contexto en que se da esta polémica muestra una nueva orientación en la cultura. Los movimientos regeneracionistas, idealistas, al lado de las nuevas tendencias políticas, sobre todo por el auge del movimiento campesino y obrero orientados por nuevos idearios como el socialismo y el anarquismo, replantearon una nueva visión de la historia y proyectaron nuevos modelos de construcción nacional. Y los planteamientos de los tres autores aquí presentados forman parte de esta nueva orientación.

Una visión antilitista se manifiesta claramente en estos tres autores a través de la teoría de la intrahistoria de Unamuno; en la defensa de los americanismos y neologismos hablados por millones de americanos en Palma y por la esperanza de la salvación española mediante su pueblo, por las fuerzas laboriosas poseedoras del espíritu español, en Darío.

La postura de admiración de Palma y Darío respecto a Barcelona y al nacionalismo catalán está marcada por una identificación con dos características de esta región: su desarrollo e independencia respecto a Madrid. Con esto también se relaciona el idioma, en tanto vehículo de afirmación regional.